

apremio. Prefería ir a Honduras donde el presidente es su testaferro y donde el ministro de la guerra era su abogado.

Para salir del apuro en Costa Rica, la Compañía obtuvo del gobierno de Honduras el Decreto N° 61 de 1942, que le permitió llevarse el material rodante, levantar los rieles, puentes, techos de los edificios de hormigón armado, las casas de madera que le convenían por su buen estado, es decir, desmantelar totalmente la línea férrea de Trujillo en una extensión de 500 kilómetros. Esta operación permitió a la Compañía cumplir sus obligaciones en Costa Rica a donde fueron trasladados esos materiales, incluso los servicios de comedor y utensilios de cocina; puentes, coches, locomotoras y demás efectos marcados todavía con las iniciales de la Truxilio Rail Road Co; y hasta furgones del ferrocarril nacional de Honduras, que mantiene en sus manos por interminable contrato de anticresis.

El valor de la propiedad frutera (Truxilio Rail Road) con sus 500 Km. de ferrocarril, incluidos ramales y anexidades era de no menos 30.000.000 de dólares de los cuales correspondían en aquella fecha, 18.000.000 a Honduras, por razón de la misma contrata original de 1912; pero la Compañía levantó los haberes dejando abandonado el campo, mediante el pago al Gobierno de 250.000 dólares. Aparte del perjuicio sufrido por el país, el Gobierno dió a la Compañía la regalía de más de 17.000.000 de dólares.

El decreto legislativo N° 61 de 1942, sin explicar razón alguna, sin considerandos, sin preámbulo entra de lleno a decir: 1°) "que el Gobierno y la Compañía convienen en terminar y dejar sin más efecto legal la contrata primitiva y sus reformas; que la Compañía queda completamente relevada y eximida de todas las obligaciones y deberes que le correspondían; y que podrá remover, levantar, desmantelar, disponer y sacar del país, libremente, cuando y en la forma que la misma Compañía lo estime conveniente, los rieles de las vías principales, ramales, subramales, espuelas, espolones y desvíos; así como todo el material rodante y todos los puentes de hierro". En esta pieza de la Bananera ya no se ven la amañada actitud ni los velados propósitos del socaliñero: Es la orden del señor a su pechero.

Héctor Medina Planas.

Costa Rica. Diciembre de 1948.

## El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

## "LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles  
Paseo de los Estudiantes

# JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

## Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)  
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)  
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)  
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)  
Máquinas de Calcular MONROE  
Refrigeradoras Eléctricas NORGE  
Refrigeradoras de Canfín SERVEL  
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)  
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)  
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)  
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)  
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)  
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

## En amistad y diálogo

México, D. F., 19 de diciembre de 1948.

Señor don Joaquín García Monge,  
Director de *Repertorio Americano*.  
San José, Costa Rica.

Mi querido don Joaquín:

En el *Repertorio* correspondiente al 10 de octubre leo una carta del señor John E. Keller, a usted dirigida, y en la cual se afirma que estoy equivocado si creo que Horacio Quiroga, el escritor uruguayo que tanto admiro, no tiene fama en el mundo. Como recordará, yo afirmé —en artículo de *El Nacional* de México, reproducido por usted— que el conocimiento de esa obra es superficial y limitado, tanto en México como en la América Española. Esta afirmación despertó el celo del señor Keller, quien se esfuerza por exhibir mi "ligereza de opinión", valiéndose de comprobaciones que, por otra parte, mucho honran a la cultura sajona.

Permítame en consecuencia, hacer la siguiente aclaración:

1.—Estimo muy valiosa la intervención del señor Keller, por tratarse de un profesor norteamericano. Los norteamericanos de la época de Quiroga no se preocupaban tanto por las letras hispanoamericanas, a quienes veían por encima del hombro. Ahora no. Ahora los *departments of spanish* de las Universidades del norte son semilleros de meditación lingüística. Basta citar los nombres de Pedro Salinas, Leo Spitzer, Tomás Navarro Tomás, Juan Centeno, Joaquín Casaldueiro, John Van Horne, Onís, y de otros eminentes españoles y norteamericanos que realizan una cruzada de entendimiento latino, para darse cuenta de lo que ha adelantado la comprensión espiritual del Continente. Con frecuencia recibo libros y publicaciones diversas de profesores de literatura en los Estados Unidos, conectados con nuestro espíritu: el último es el envío del señor John E. Englekirk, de la Universidad de Tulane, quien me acaba de mandar un valioso opúsculo titulado *Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana*, por cierto que con motivo de mis notas a *Unamuno en América*. Debo citar dos buenos y particulares amigos: en la Universidad de Illinois se encuentra Ermilo Abreu Gómez, quien me de-

clara "el extraordinario interés que en los Estados Unidos despiertan las cosas nuestras"; y en Wellesley College, Mass., Jorge Guillén, el gran poeta de *Cántico*, siempre gentil, siempre amigo. En fin: una buena cantidad de hechos certifican la amistad de espíritus, el sincero propósito de "enmienda", que tienen los Estados Unidos con respecto a la inteligencia de nuestros pueblos.

2.—Voy ahora a lo asentado por el señor Keller, a quien ruego decirle que jamás he dudado de la fama de Horacio Quiroga en el mundo... de los intelectuales. Pero eso no basta. Un autor como Quiroga debe llegar al pueblo, y que yo sepa, ni en México, ni en Centroamérica, y creo que en ninguno de los países sudamericanos, se han puesto sus maravillosos *Cuentos de la selva para los niños* como textos de escuela; nuestros profesores y eruditos no tienen a su disposición, para los menesteres usuales de la enseñanza, los libros del uruguayo; ni en nuestras flamantes universidades se dictan tesis periódicas sobre la obra del autor de *Anaconda*. Parece que todas estas lindezas sólo tienen lugar en los Estados Unidos, y es ironía...

Por el tono en que está concebida la aclaración del señor Keller, se puede creer —y puede que ya lo hayan crído los que no leyeron mi breve artículo sobre Quiroga, originador de este asunto— que yo como que pretendo restar gloria al uruguayo, como que tiendo a poner en entredicho su genio. Todo lo contrario fué lo que me impulsó a comentar el artículo de César Tiempo, dolido, él como yo, de la indiferencia con que se mira la obra del uruguayo en Hispanoamérica. César Tiempo, más documentado que su servidor, más cercano al drama de Quiroga, y conocedor del ambiente literario de Sudamérica, decía: "Se lee a Faulkner, a Bromfield, a Judith Kelly, no se lee a Horacio Quiroga. Se publican las obras completas de Hugo Wast, no las de Horacio Quiroga". ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Horacio Quiroga, con excepción de los Estados Unidos y con excepción de los literatos hispanoamericanos que tienen la obligación elemental de saber quiénes son los nombres de categoría, es mártir de la indiferencia y no es autor tan conocido como otros de menor significación literaria, pero listísimos —